

espíritu de la democracia. Con ella y por ella constituyeron una poderosísima nacionalidad; con ella crearon el espíritu nacional; cuando reyes desatentados quisieron ahogarla, ahogaron al par á la pátria; cuando la nacion se despertó á la independencia, la democracia se levantó con ella, y peleó en Zaragoza y en Madrid, y escribió un Código en Cádiz.

La democracia, pues, vive como sentimiento en toda nuestra historia. Nosotros, que no menospreciamos lo pasado, que nos creemos contemporáneos de todas las edades por la tradicion; unos con toda la humanidad por la inteligencia; que creemos á las ideas sujetas á condiciones sin las cuales no pueden vivir; no renegaremos jamás de nuestros antepasados; porque muchos de los bienes que hoy allegamos, los debemos á sus trabajos, y porque las ideas, si incondicionales en la conciencia, no pueden ménos de tomar el matiz de la nacionalidad donde amanecen; y por eso decimos que la democracia española tiene en su pró la razon y la historia.

Setiembre 25 de 1859.

---

## CUESTION DE ITALIA.

---

Europa nos ofrece hoy un espectáculo tal, que el ánimo, asombrado, no acierta á distinguir el hilo misterioso que enlaza los acontecimientos, ni á mirar la idea capital que se halla en el fondo de nuestro siglo. Francia continúa de rodillas á los piés de su César; Alemania oscila entre las ideas de unidad y democracia que representan allí todos los grandes innovadores y los muertos recuerdos de la Edad media, que personifica el Austria; Inglaterra cela el Canal de la Mancha y teme que la idea del bloqueo continental reaparezca en Europa; Prusia y Rusia se unen, creyendo representar las más nobles aspiraciones de dos razas, Augusta la una por sus recuerdos, la otra por sus

esperanzas; Turquía agoniza, mientras sus antiguos esclavos se incorporan en su lecho; la abatida España se levanta y empuña la brillante espada de sus padres que parecía enmohecida; el último velo que cubría á la Isis de la historia antigua, á la China, se rasga; las piedras del Istmo de Suez sienten la herida del martillo de la industria, que va á unir en lazo más apretado Europa y Asia; y en medio de todo, un movimiento general, superior á las voluntades frágiles y aisladas de los individuos, arrastra á los pueblos hácia el ideal sagrado de sus libertades y de sus derechos.

Entre tantas y tan variadas cuestiones, no hay ninguna que llame tan vivamente á sí el ánimo de los pueblos como la cuestion de Italia. Ese país desdichadísimo es como una segunda patria de los espíritus esclarecidos de Europa. El jurisconsulto recuerda que en las escuelas de Italia aprendió las primeras nociones del derecho, el mundo feudal; el poeta siente que el raudal de su inspiracion viene de Italia, y todos los que aman la verdad, el bien ó la hermosura, creen deber algun gran sentimiento, alguna idea, á esa patria del génio, estatua herida por el rayo del cielo, y mutilada por el impio martillo de los bárbaros. Europa

entera se halla identificada por un lazo fortísimo á la Italia. Unida por el Norte á las razas germánicas, unida á la Francia por la Saboya, levantada en el centro del Mediterráneo, sus sacudimientos agitan á Europa, sus dolores conmueven á todos los pueblos. Como despues de haber llevado sus armas á todo el mundo, ha sufrido la irrupcion de todas las razas empeñadas en ser ungidas por sus manos, conserva restos de la soberanía de todos los pueblos, reliquias de sus glorias. Por consiguiente, al ver á la nacion que ha dado tan grandes ideas á la ciencia, tan sublimes inspiraciones al arte, con su cincel en la mano y el fuego del génio sobre su espíritu inmenso é inagotable, esclava de los bárbaros, rodeada de sus grandes y hermosas hijas, de Venecia, de Florencia, de Verona, todas heridas, todas moribundas, y todas cantando en medio de su agonía, como los coros de ninfas de los pueblos paganos; al verla tan grande y tan desgraciada, el ánimo dolorido la saluda, se postra en su presencia, é invoca al cielo para que socorra á la nacion que más ha hermo-seado con sus pinceles, su lira y su cincel de artista, la tierra y el hombre.

Un dia pudieron creer los que miran superfi-

cialmente los hechos, que Italia iba á ser libre. La Francia, esclava tambien y tambien humillada, habló en su favor, y la voz de Francia resonó como un cántico de esperanza y aun de triunfo en toda Europa. Los batallones franceses pasaron los Alpes, surcaron los mares, y corrieron en defensa de Italia, entonando el himno de la revolucion. Los pueblos esclavos rompieron sus cadenas, arrojaron á sus carceleros, é irguiéronse para pelear por lo que el hombre ama sobre todo en el mundo, por la pátria. Un grito de entusiasmo resonó desde Cadiz hasta San Petersburgo, porque íbamos á presenciar un gran espectáculo, la redencion de un pueblo. Dios bendijo las armas que peleaban por el derecho. Francia é Italia solo contaron victorias. Pero en medio de esta carrera victoriosa, el dueño de Francia se detiene, medita un instante, quiebra en su rodilla la espada de Solferino y de Magenta, retrocede espantado de sí mismo, firma una paz deshonrosa, y vuelve á Francia, porque en medio del campo de batalla, entre los rojizos vapores de la sangre allí vertida, vió deslizarse la sombra de la libertad, que hablaba por su ancha herida, y le pedia cuenta de la fatal noche del 2 de Diciembre.

¿A qué habia ido Napoleon á Italia? Aparentemente á salvarla; en realidad, á tocar en el corazon de un enemigo poderoso. Napoleon es hijo de la revolucion; el nombre de un soldado que en brazos del pueblo subió al trono de Carlo-Magno, es su única égida, su único derecho, su única gloria. Napoleon el Grande, entre las tempestades revolucionarias que llevaba en sus manos, buscaba un rayo del pálido sol de las antiguas tradiciones, que oscilaba ya sobre su ocaso. Por eso, en vez de ser el soldado de la libertad, fué el restaurador de las monarquías, que se desplomaban al oír tan sólo el rumor de sus legiones, y por eso buscó una alianza con el Austria. Napoleon III, con ménos medios que Napoleon el Grande, ha buscado lo mismo en Italia; una fuerte alianza con Austria, una autocracia desmedida, como él la finge allá en sus dorados sueños, sobre toda la raza latina. Por eso fué á Italia; por eso peleó en los campos de batalla; por eso sublevó con la voz de libertad á los pueblos, mostrando una vez más á los que se deslumbran con falsas promesas, que es imposible, absolutamente imposible, que la libertad y la justicia vengan nunca á la tierra de las manos de los que la

han ahogado en mares de sangre. Napoleon ha ido á Italia, ha derramado torrentes de sangre, ha cubierto de cadáveres sus caminos, y Venecia todavía es un cadáver tendido en las lagunas, y Verona aún sufre el látigo del Austria, y Milan ve su independencia amenazada siempre, y Florencia se resiste á caer á los piés de sus antiguos señores, y Bolonia ve desplomarse el altar de sus libertades, y Roma aún está bajo el yugo del absolutismo, y Nápoles aún es como una inmensa cárcel, y la unidad de Italia es un sueño, y la autonomía de Italia es una mentira, porque la fuerza, sólomente la fuerza, se apresta á romper las tablas de sus derechos, que habia Italia recogido del polvo así que pudo sacudir su pesada servidumbre.

Y si esto ha hecho Napoleon, ¿qué ha hecho la casa de Saboya? Nunca se ha encontrado rey alguno en momentos tan solemnes y tan grandes como los que ha tenido la vida del rey de Saboya. Él personificaba la causa más grande que ha agitado á Europa en el presente siglo. Los pueblos oprimidos le saludaban desde el oscuro seno de sus calabozos. La Europa liberal le sostenia y le alentaba en la santa empresa de libertar á un pue-

blo. La democracia europea olvidaba que Victor Manuel era rey, apresurándose á inscribirse en sus banderas. Los generales de la revolucion le llevaban sus espadas, rayos de la guerra, y la electricidad del amor de los pueblos. Italia entera le aclamaba por su salvador, le enviaba sus lanzas para el combate, sus grandes Tirteos para que lo enardeciesen con sus cánticos en la pelea. La escuela revolucionaria se resignaba, con tal que fuese Italia libre, á que la causa constitucional le arrancara de las manos una de sus más grandiosas enseñanzas. ¿Qué le faltaba? Tenia la revolucion á sus piés, el ideal de la justicia flotando sobre su frente, la espada de Italia en sus manos, cien pueblos á su alrededor, el derecho por timbre de su escudo, el amor de la pátria por premio de su empresa, el resplandor de una gloria sin igual por corona, la satisfaccion de la propia conciencia en lo presente, y en lo porvenir los aplausos de la historia. ¿Qué le faltaba? Le faltaba sentir más su fuerza, tener aliento para salvar á un pueblo, fiar ménos en Luis Napoleon, fiar más en Italia. Para Victor Manuel nada vale el derecho de los pueblos que le aclaman rey; nada vale la justicia de la causa de Italia; nada la fuerza de millares

de hombres que aperciben sus armas para la pelea; nada el voto solemne y legítimo de Asambleas que unánimemente han creído ver en él la unidad de Italia; nada la abnegacion heróica de aquella democracia, que ha seguido su bandera sólo por ver en ella un dulce reflejo de la pátria; nada ese movimiento uniforme de todos los pueblos italianos; y á la conservacion de una corona, sobre la cual vuela amenazadora la negra águila de dos cabezas, ha sacrificado lo que no puede, lo que no debe sacrificarse nunca, la independenciam de la pátria. Y ¿qué va á conservar Victor Manuel? Los soldados austriacos se pasearán sobre los muros de Verona; Venecia gemirá, y sus hijos andarán dispersos por Europa devorando la amarguras del destierro; Florencia volverá á caer bajo sus antiguos señores, que la atormentarán cruelmente; Módena será un eslabon más de la cadena que pesa sobre Italia; el Papa herirá con sus rayos á los soldados de la independenciam; Nápoles forjará armas para Austria; Napoleon dejará abandonado el Piamonte á su triste suerte, y su vida será la vida del leon encerrado en una jaula, cuando con solo querer se hubiera ceñido la corona más espléndida de Europa.

¿A quién ha temido en este trance? Ha temido al Austria, que no tiene aliados, que está desagrada, que no sostendrá ahora una guerra, porque sus arcas se hallan exhaustas y sus esperanzas agotadas. Ha temido á Luis Napoleon, que si fué poderoso para arrancar la Lombardía de las garras de Austria, no es poderoso para devolvérsela, porque las armas de sus mismos soldados se volverian contra su pecho. Ha temido tal vez la confederacion de Nápoles, de Roma, de los paisés reaccionarios de Italia, que no tienen fuerza bastante para sostener la revolucion que hierve en sus entrañas. Ha temido lo que no era temible, y ha despreciado lo que no era respetable. Ha despreciado las invencibles espadas de Fanti y de Garibaldi, que le abrian el camino á la unidad hoy posible de Italia; los esfuerzos de una gran sociedad, que en un instante le ofrece cien mil hombres y cien millones de francos; el movimiento á la unidad que como una corriente eléctrica magnetiza hoy á la gran península. El que pronuncie con ánimo de sostenerlas, tres palabras, tendrá en sus manos la suerte de Italia. La primer palabra es la palabra independenciam, que interesa á Venecia; la segunda es la palabra libertad, que

interesa á Roma y Nápoles; la tercera es la palabra unidad, que interesa á toda Italia. Victor Manuel no pronuncia hoy esas tres palabras? Pues no lo dude, mañana, sí, mañana será tarde.

¡Qué suerte tan triste la suerte de Italia! Cuando todos los pueblos estaban encorvados bajo el peso del feudalismo, Italia tenia ya grandes democracias, y hoy, cuando todos los pueblos caminan á la libertad, Italia es misera esclava. Antes que ningun pueblo, llegó á la nocion del derecho, y ve realizar el derecho á los mismos que lo aprendieron de sus labios, sin que le alcance el calor de esa idea divina. Cuando era reina del mundo, las razas que hoy la sujetan eran bárbaras. Pocas naciones aman más la libertad, pocas han hecho por la libertad más sacrificios, y ninguna la ha conocido ménos. Su ardiente imaginacion le pinta con vivos colores la felicidad de ser un pueblo dueño de sí mismo, y cuando va á tocar á la realidad, encuentra por todas partes grandes precipicios, muros insuperables, contra los cuales se estrella. Hoy ¿qué es el poder temporal del papa, mas que una gran cruz, donde está tendido el pontífice, y enclavado por las manos de los soldados franceses? Esa presidencia de la

confederacion italiana, ¿qué es sino el *inri* ignominioso que han puesto sobre esa cruz? ¿Qué es la confederacion italiana? La reunion del emperador de Austria, del rey de Nápoles, del gran duque de Toscana, del duque de Parma contra Italia. ¿Y este es el fruto que ha madurado el sol de Magenta y Solferino? ¿Y esta es la gran causa en cuyas aras han sacrificado su vida cincuenta mil hombres? ¡Misera Italia! ¡Siempre esclava, ya sea vencedora, ya vencida!

Aún le queda, sin embargo, un recurso, el último recurso: pedir auxilio á su desesperacion, y no soltar las armas de la mano. Italia debe recordar el ejemplo de España. Que cada pueblo sea una fortaleza, y cada campo sea un campamento, y cada italiano un soldado. Vale más morir al dulce calor de la pátria, que vivir en helado y extranjero suelo. Italia debe levantarse contra sus enemigos y sus falsos amigos; debe arrojar todo soldado extranjero de su pátrio suelo; debe encender la luz de su nacionalidad en el alto Capitolio, para que vuelva á iluminar á la tierra. Que no se vengue de sus déspotas gimiendo una eterna plañidera cancion en sus oídos. Los sibaritas del mundo, si canta mejor es-

clava, la cargarán de cadenas, como los griegos arrancaban al ruiseñor los ojos para que sus gorjeos fueran más dulces. Nada de arte, nada de ciencia, nada de formas de gobierno, mientras no haya patria. ¿De qué sirve el fuego de la inspiración, si no puede arder en el arca del hogar de nuestros padres? El pensamiento de Italia debe ser la patria para todos los italianos. Esa perseverancia que Italia ha demostrado en la oscuridad de las conspiraciones, en el fondo de las sociedades secretas, en los calabozos de Spielberg, debe mostrarla ahora en los campos de batalla. Decid á Europa que teneis para cambiar vuestra forma de gobierno, el mismo derecho que tuvo Inglaterra para arrojar á los Estuardos, y Francia para arrojar á los Borbones, y Bélgica para arrojar á la dinastía de sus antiguos reyes, y España para sacudir las cenizas del absolutismo. No olvide Italia que Dios manda que los pueblos que quieren la libertad, la alcancen por sus propios esfuerzos, porque Dios premia siempre el trabajo, esa ley de la naturaleza. Un esfuerzo, un sacrificio más de Italia por sí misma, y la libertad resplandecerá, como un eterno día, desde los Alpes hasta el Adriático. En aquel instante Italia

volverá á levantarse llena de vida, asombrando el mundo.

Europa va á reunirse para decidir la suerte de Italia. Si Europa fuera libre, en ese congreso se pronunciaría la palabra que todo lo resuelve, la palabra derecho humano. Europa es hoy esclava, y en ese congreso se cometerá una nueva iniquidad como en 1815. Rusia, que trabaja por la unidad esclava, que á esa unidad sacrifica la vida de cien pueblos, ¿cómo se opondrá á que trabaje por su unidad Italia? ¿Se puede trabajar con el hierro y el fuego por la unidad de una raza en Rusia, y no se puede trabajar con la libertad y la paz, por la unidad de raza en Italia? Prusia, ¿querrá que su eterna rival, el Austria, vuelva á adquirir un gran predominio en Italia, y por consiguiente, en la confederación germánica? ¿Va á consentir Francia que la obra que han levantado cincuenta mil mártires suyos, se desplome en un día? ¿Va á tolerar Inglaterra, la libre Inglaterra, que un congreso europeo sancione el derecho divino de los reyes, y arranque con mano sacrilega su propio derecho á los pueblos? ¿Y nuestra patria, la nación del 2 de Mayo, de Zaragoza, de Gerona, va á ir con sus manos

todavía tintas en la sangre de los que se atrevieron á hollar su independencian, va á ir á firmar su propia condenacion, firmando la sentencia de muerte de la Italia? Y el Austria, ¿en qué títulos apoyará sus derechos sobre Italia? ¿En el capricho de Napoleon, que le arrojó Venecia como una migaja caida de sus grandes orgias de conquistas? ¿En los tratados de 1815, rotos por Bélgica, rotos por Lombardía, rotos por el Piamonte, rotos por Inglaterra, rotos por Francia? ¿En la Santa Alianza, sobre la cual ha pasado la revolucion de 1830, la revolucion de 1848, el golpe de Estado del 2 de Diciembre, y toda la guerra civil española? ¿En su saludable influencia sobre Italia, sus destierros, sus bastonadas, sus patíbulos, sus exacciones, sus cien mil guerreros destinados á encadenar una provincia que forcejea bajo sus hierros? Europa se va á reunir. La idea del derecho se ha esclarecido en la conciencia humana. La soberanía de las naciones, quieran ó no quieran los sofistas, es la base de las constituciones de todos los pueblos. Si hoy se reúnen los representantes de todos los gobiernos, y resucitan los tiempos en que se desgarraban los territorios en el petro del tormento, y se regalaban

las provincias á los reyes, segun el antojo de los fuertes, nosotros habremos demostrado una vez más lo que hemos dicho siempre :

«SOLO LA DEMOCRACIA REALIZARÁ EL DERECHO.»

Noviembre 15 de 1859.